

Asunción de María

15 de agosto de 2009

Primera lectura: Apocalipsis 11, 19a; 12, 1-6a. 10ab

¹⁹ «Y se abrió el Santuario de Dios en el cielo, y apareció el arca de su alianza en el Santuario. ¹ Una gran portento apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; ² está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz. ³ Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. ⁴ Su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra. El Dragón se detuvo delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto lo diera a luz. ⁵ La mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono. ⁶ Y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios. ¹⁰ «Oí entonces una fuerte voz que decía en el cielo: "Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo. »

Segunda lectura: I Corintios 15, 20-27

²⁰ «¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron. ²¹ Porque, habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. ²² Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo. ²³ Pero cada cual en su rango: Cristo como primicias; luego los de Cristo en su Venida. ²⁴ Luego, el fin, cuando entregue a Dios Padre el Reino, después de haber destruido todo Principado, Dominación y Potestad. ²⁵ Porque debe él reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. ²⁶ El último enemigo en ser destruido será la Muerte. Porque ha sometido todas las cosas bajo sus pies.»

Evangelio: Lucas 1, 39-56

³⁹ «En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; ⁴⁰ entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. ⁴¹ Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y ⁴² exclamando con gran voz, dijo: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; ⁴³ y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? ⁴⁴ Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ⁴⁵ ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!"

⁴⁶ Y dijo María: ⁴⁷ "Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador ⁴⁸ porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, ⁴⁹ porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre ⁵⁰ y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen. ⁵¹ Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. ⁵² Derribó a los potentados de

sus tronos y exaltó a los humildes.⁵³ A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada.⁵⁴ Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia⁵⁵ como había anunciado a nuestros padres en favor de Abraham y de su linaje por los siglos".⁵⁶ María permaneció con ella unos tres meses, y se volvió a su casa.»

INTRODUCCIÓN

Los cristianos corremos el peligro de idolatrar a la Virgen si olvidamos que María no se entiende si no es en relación con la presencia salvífica que Dios ha tenido siempre con toda la creación, presencia que llevó a su plenitud por medio de Jesús de Nazaret. Dios –que no lo necesita– es el que debe ser honrado por nosotros en esta fiesta de la Asunción de María, como lo ha de ser en todas las que los cristianos celebramos, por su infinita, incondicional e inimaginable bondad y misericordia para con todos nosotros, y por ser el origen de los dones que nos adornan a las criaturas. A la manera como hizo con Jesús, Dios lleva a cabo la suprema liberación de los seres humanos al darnos vida junto a Él más allá de la muerte. Dios, que resucitó a Cristo de entre los muertos como el primero de los que durmieron, también resucitó a su madre María, que fue alabada por Jesús más por su fe que por el hecho biológico de ser su madre. María es el primero y más eminente fruto de la redención llevada a cabo por su Hijo. Eso significa que Dios la “elevó” en cuerpo y alma al cielo. Por eso hoy debemos, como la creyente María, “proclamar la grandeza salvadora del Señor”.

Pero no todo puede quedar en agradecer y proclamar con palabras la grandeza salvadora de Dios. Los primeros seguidores de Jesús, por su fe y su contacto con él, experimentaron una transformación completa en sus vidas. Y el “Abba” de Jesús y nuestro, el Dios que tiene preferencia por los pobres, los excluidos y los pecadores, reclama de los que nos consideramos cristianos, seres humanos transformados, seguir el itinerario vital de Jesús: servir al reino de Dios con todas nuestras fuerzas para “elevar” a las personas de las miserias en las que están hundidas.

PAUTAS

El Magnificat expresa parte de las bienaventuranzas del reino de Dios

El «reino de Dios», frase clave del mensaje de Jesús, no es otra cosa que la expresión bíblica de lo que es Dios: soberano amor, incondicional y liberador, sobre todo de los pobres, enfermos, viudas, pecadores y marginados. El *Magnificat* recoge parte de las bienaventuranzas del reino de Dios. «A los hambrientos los colma de bienes ... a los ricos los despide vacíos... dispersa a los soberbios de corazón ...enaltece a los humildes». María, siguiendo la vida y el mensaje de su Hijo, quiere, en su canto, dar esperanza justamente a quienes, en la perspectiva social y humana y en conformidad con nuestras humanas reglas de juego, carecen ya de toda esperanza. El Dios al que Jesús llama “Abba” es primeramente el Dios de los rechazados y los excluidos, porque ése es el único modo de ser un Dios de todos los hombres. Y en esta conducta de Jesús con los excluidos de la tierra, Jesús tiene conciencia de actuar como Dios lo haría y expresa al mismo tiempo qué Dios tenemos los seres humanos.

Jesús, al mostrar su preferencia por ellos, arranca a los pobres del desprecio de sí mismos por ser discriminados, les devuelve su dignidad de seres humanos. Y esta primera liberación individual es a la vez el posible comienzo de una autoliberación social, una rebeldía contra un sistema social que empobrece a una gran parte de la población. Las bienaventuranzas sobre los pobres no son un consuelo evangélico para mantenerlos calmados. Es más bien la divina licencia que Jesús les da para alzar su protesta, como hijos especialmente amados por Dios, contra una sociedad violenta con ellos. Justamente tomando partido por los pobres y discriminados, el reino de Dios se

hace presente. Éste es, al mismo tiempo, una crítica y un reto a los que somos ricos para desprendernos del egoísmo y marchar por el camino del compartir fraternal.

El dragón rojo del Apocalipsis personifica al mal que nos acecha

El autor del Apocalipsis personifica en el dragón rojo –ensangrentado– al Imperio romano –sobre todo al emperador divinizado– que en aquellos tiempos perseguía sangrientamente a los cristianos. El poder militar, político y propagandístico de este imperio era tan grande que ante él la fe cristiana, la Iglesia, parecía una mujer inerme, sin posibilidad de sobrevivir, y mucho menos de vencer. ¿Quién podía oponerse a este poder omnipresente, que aparentemente era capaz de hacer todo? Y, sin embargo, para el autor sagrado, al final venció la mujer inerme.

En nuestro tiempo, el dragón rojo reviste otras formas a las que los cristianos estamos llamados a combatir. Por ejemplo, una sociedad de consumo que, como el emperador romano, exige entrega total y adoración, y que, sin embargo, causa hambre y miseria en una gran parte del planeta. Hoy hemos visto que tiene pies de barro y que se asienta sobre la mentira, como lo demuestran los millones de personas que están sufriendo el desplome del sistema económico mundial. También el sexismo es una bestia que amenaza nuestra convivencia diaria, dentro y fuera de nuestra Iglesia. Lo mismo podemos decir de las dictaduras que sufren muchos pueblos; y del odio que padecen los inmigrantes en nuestra sociedad de la abundancia; y de tantos tipos de males sociales y personales, de los cuales es misión de los cristianos ayudar a liberar a sus hermanos los seres humanos.

El compromiso que exige el rezar el Magnificat

Ni los poderosos han sido derribados de sus tronos, ni los hambrientos han sido colmados de bienes. Más bien parece que sucede todo lo contrario. Y es que el reino de Dios ha sido inaugurado con Jesús de Nazaret, ciertamente, pero la salvación de los seres humanos tiene todavía un largo camino por recorrer hasta su implantación en la tierra. Por ello, Jesús envía a sus discípulos y les da la fuerza de su Espíritu no sólo con la misión de transmitir el anuncio del perdón de los pecados y la vida eterna, sino también con la de «sanar y salvar». Los seres humanos que consiguen experimentar en Jesús la salvación que viene de Dios son a su vez llamados a hacer lo mismo siguiendo a Jesús, e incluso a hacerlo aún en mayor medida (Jn 14, 12), con amor incondicional al prójimo. Sólo así, es creíble que el reino de Dios es la salvación para todos los seres humanos. Por eso, rezar o cantar el *Magnificat* no sólo es una alabanza de agradecimiento a Dios por el don de la salvación, sino también un compromiso para hacer que los poderosos sean derribados de sus tronos y que los hambrientos sean colmados de bienes. Jesús no quiso ser un líder político–mesiánico, pero su mensaje y su vida tuvieron implicaciones sociales y políticas de profundo calado. La práctica del reino de Dios lleva a acciones y palabras que pueden poner en entredicho y criticar a instituciones sociales, políticas, económicas, religiosas y también –cómo no– a personas. Porque la conducta de Jesús conmociona hoy nuestro sentido de lo que es justo, bueno y honesto. Creer en la resurrección de Jesús y en la nuestra, en la ascensión de María al cielo, es luchar contra todo lo que signifique muerte y deterioro. Las

pequeñas resurrecciones de los crucificados que hay en nuestro mundo son trozos de la gran resurrección que el Señor nos concederá como don.

Quien se fía de Dios, tiene la esperanza de que el bien es más fuerte que el mal

Jesús se fío de Dios y vivió con la convicción de ser afirmado y reconocido como Hijo por su Abba. Esto es lo que confiesa nuestra tradición cristiana. Lo mismo sucederá con nosotros si nos fiamos de Dios: su Espíritu nos transformará y nos renovará para practicar un amor solidario. Como sucedió con Zaqueo, el recaudador de impuestos, quien, tras su encuentro liberador con Jesús, hizo que los pobres compartieran lo que poseía. La resurrección de Jesús y su ascensión junto al Padre, la ascensión de María y la de todos los que han muerto en el Señor, nos quieren enseñar que el bien es más fuerte que el mal. La experiencia fundamental de los primeros discípulos tras el viernes santo fue que el mal, la cruz, no pueden tener la última palabra; el camino que ha recorrido la vida de Jesús es el correcto, y es la última palabra, rubricada en su resurrección. Y no es que la resurrección sea una especie de compensación por el fracaso histórico del mensaje y la actuación de Jesús; sino porque el «recorrer Palestina haciendo el bien» fue ya el comienzo del reino de Dios: de un reino en el que la muerte y la injusticia no tienen ya lugar. En la puesta en práctica del reino de Dios en Jesús está ya anticipada la resurrección, la ascensión al cielo. La fe pascual afirma que ninguna forma de mal tiene un futuro definitivo.

Baldomero López Carrera